

Agatha Christie[®]

LAS
MANZANAS

LA NUEVA PELÍCULA DE 
BASADA EN LA NOVELA DE AGATHA CHRISTIE
EL PRÓXIMO CASO DE HÉRCULES POIROT

CACERÍA
EN
VENECIA



booket

Agatha Christie

Las manzanas

Traducción de Alberto Coscarelli



Capítulo 1

Mrs. Ariadne Oliver había ido a ayudar a Judith Butler, amiga en cuya casa estaba alojada, en los preparativos de la fiesta infantil que se celebraría aquella tarde.

En aquel momento había una actividad frenética. Mujeres muy activas entraban y salían cargando sillas, mesas, jarrones y una considerable cantidad de calabazas amarillas, que repartían estratégicamente en los lugares seleccionados.

Sería una fiesta de Halloween para un grupo de jóvenes de edades comprendidas entre los diez y los diecisiete años.

Mrs. Oliver se apartó del grupo principal, se apoyó en una pared vacía y sostuvo en alto una gran calabaza amarilla para observarla con ojo crítico.

—La última vez que vi una de estas —dijo apartándose un mechón de pelo gris de su frente abombada— fue el año pasado en Estados Unidos. Había centenares desparamadas por toda la casa. En mi vida había visto tantas en un mismo lugar. La verdad —añadió con tono pensativo—, nunca he sabido cuál es la diferencia entre una calabaza y un calabacín. ¿Cuál de los dos es esto?

—Perdona, querida —dijo Mrs. Butler, disculpándose por el pisotón que acababa de darle.

Mrs. Oliver se apretó un poco más contra la pared.

—Es culpa mía por estar en medio. Era fascinante ver

tantas calabazas o calabacines, o lo que fueran. Había por todas partes: en las tiendas, en las casas, con velas o luces en el interior, colgadas. Era muy interesante. Pero no fue por la fiesta de Halloween, sino por el Día de Acción de Gracias. Siempre he relacionado las calabazas con Halloween y eso es a finales de octubre. El Día de Acción de Gracias es mucho más tarde, ¿no? ¿No es en noviembre, la tercera semana más o menos? La cuestión es que aquí se celebra Halloween el 31 de octubre. Primero Halloween y luego... ¿Qué viene después? ¿El Día de Difuntos? En París, ese día la gente va a los cementerios y pone flores en las tumbas. No es una fiesta triste. Van hasta los niños y se lo pasan en grande. Primero van al mercado de flores y compran montones de ellas, muy bonitas. No hay otro lugar donde las flores sean más bonitas que en París.

Un grupo de mujeres atareadas continuaba tropezando con Mrs. Oliver, pero nadie la escuchaba. Estaban muy ocupadas en sus quehaceres.

La mayoría eran madres, pero algunas eran competentes solteras; también había adolescentes voluntariosos, chicos de dieciséis y diecisiete años que trepaban por las escaleras o se subían a las sillas para colgar las calabazas o calabacines y las bolas de colores a una altura adecuada. Las niñas entre los once y los quince años formaban corrillos y no paraban de reír.

—Después del Día de Difuntos y las visitas a los cementerios —prosiguió Mrs. Oliver, sentándose en el brazo de un sillón— viene Todos los Santos. ¿Me equivoco?

Nadie respondió a su pregunta. Mrs. Drake, la guapa mujer de mediana edad que ofrecía la fiesta, dijo en voz alta:

—Que quede claro que esta no es una fiesta de Halloween, aunque en realidad lo sea. Yo la llamo la fiesta de los mayores de once años. Es para el grupo de esa edad. La mayoría dejan Los Olmos para ir a otras escuelas.

—No es del todo exacto, Rowena —la contradijo miss

Whittaker, ajustándose las gafas con una expresión de reproche.

Miss Whittaker, como maestra de la escuela local, era una firme partidaria de la precisión.

—Dejamos lo de los mayores de once años hace muchísimo tiempo.

Mrs. Oliver se levantó del sillón con expresión culpable.

—No hago nada útil. Me he quedado sentada diciendo un montón de tonterías sobre calabazas y calabacines —comentó, añadiendo para sí misma: «Además de darles un descanso a mis pies».

Le remordía la conciencia, pero no tanto como para decirlo en voz alta.

—¿En qué puedo ayudar? ¡Qué manzanas más bonitas!

Alguien acababa de entrar con un enorme cesto lleno de manzanas. Mrs. Oliver era una gran entusiasta de las manzanas.

—Unas manzanas rojas preciosas —añadió.

—La verdad es que no son muy buenas —dijo Rowena Drake—, pero tienen muy buen aspecto y servirán para el juego de las manzanas. Están muy maduras; a los niños no les costará cogerlas con los dientes. Beatrice, por favor, llévalas a la biblioteca. Este juego tiene el inconveniente de que el agua salpica por todas partes, aunque en la biblioteca no importa porque la alfombra es muy vieja. ¡Ah, muchas gracias, Joyce!

Joyce, una robusta colegiala de trece años, sujetó la cesta. Dos manzanas cayeron al suelo y rodaron hasta detenerse, como por arte de magia, a los pies de Mrs. Oliver.

—A usted le gustan las manzanas, ¿verdad? —preguntó Joyce—. Lo leí en alguna parte, o quizá lo dijeron en televisión. Usted es la escritora de novelas policíacas, ¿no?

—Así es.

—Tendríamos que haberle pedido que preparara algo relacionado con asesinatos, algo así como inventar un cri-

men para la fiesta de esta noche y hacer que los invitados descubrieran al asesino.

—No, muchas gracias —manifestó Mrs. Oliver—. Nunca más.

—¿Por qué dice nunca más?

—Lo hice una vez y fue un fracaso.

—Pero usted ha escrito muchos libros —replicó Joyce—. Seguro que ha ganado un montón de dinero.

—No tanto —contestó la escritora, pensando en la voracidad del fisco.

—Además, tiene un detective que es finés.

Mrs. Oliver lo admitió. Un niño, que evidentemente no había accedido a la categoría de mayores de once años, preguntó en tono duro:

—¿Por qué un finés?

—Eso me he preguntado yo más de una vez —respondió Mrs. Oliver con sinceridad.

Mrs. Hargreaves, la esposa del organista, entró en la sala cargada con un enorme barreño de plástico verde.

—¿Qué les parece esto para el juego de las manzanas? A mí me parece muy bonito.

—Es mejor un barreño de cinc —opinó miss Lee, la farmacéutica—. No se volcará tan fácilmente. ¿Dónde harán el juego de las manzanas, Mrs. Drake?

—Creo que lo mejor será hacerlo en la biblioteca. La alfombra es vieja y no importa si se moja.

—De acuerdo. Ahora mismo llevaremos las manzanas a la biblioteca, Rowena. Aquí hay otro cesto.

—Dejad que os ayude —dijo Mrs. Oliver.

Recogió las dos manzanas. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, mordió una y comenzó a masticarla con fruición. Mrs. Drake le quitó la otra manzana con mano firme y la devolvió al cesto.

—¿Dónde jugaremos al Dragón Hambriento? —preguntó alguien.

—Tendríais que jugar en la biblioteca, es la habitación más oscura.

—No, lo haremos en el comedor.

—Primero tendremos que poner algo para proteger la mesa.

—Hay un mantel de tela y encima colocaremos el hule.

—¿Y los espejos? ¿Es cierto que veremos a nuestros futuros esposos?

Mrs. Oliver se quitó los zapatos con mucho disimulo y, mientras seguía disfrutando de la manzana, volvió a sentarse en el sillón para observar a la concurrencia. Contemplaba a las personas desde el punto de vista de una escritora: «Si tuviese que escribir un libro sobre estas personas, ¿cómo lo haría? Yo diría que, en general, son personas agradables, pero ¿quién puede estar seguro de ello?».

Consideró que, hasta cierto punto, era fascinante no saber nada de ellas. Todas vivían en Woodleigh Common y a algunas les había colgado unas vagas etiquetas por chismorreos que le había contado Judith. Miss Johnson tenía algo que ver con la iglesia, pero no era la hermana del vicario. No, esa era la hermana del organista, Rowena Drake, la que parecía estar al mando de Woodleigh Common. La mujer asmática que había traído el siniestro barrero de plástico verde. Claro que a ella nunca le habían gustado los objetos de plástico. Después estaban los niños y los adolescentes.

Hasta ese momento, para Mrs. Oliver solo eran nombres. Había una Nan, una Beatrice, una Cathie, una Diana y la tal Joyce, que era presumida y hacía preguntas. «Joyce no me cae bien», pensó Mrs. Oliver. Había una joven, Ann, que parecía muy soberbia. Había dos adolescentes que aparentemente habían decidido que era el momento de probar otros estilos de peinado con resultados un tanto lamentables.

Entró un niño pequeño con una expresión tímida.

—Mamá me envía con estos espejos para ver si les sirven —dijo con un leve jadeo.

Mrs. Drake se hizo cargo de los espejos.

—Muchas gracias, Eddy.

—No son más que unos espejos vulgares —afirmó Ann—. ¿Alguien se cree que veremos ahí los rostros de nuestros futuros maridos?

—Algunas de vosotras los veréis y otras no —señaló Judith Butler.

—¿Alguna vez vio usted el rostro de su marido cuando fue a una fiesta como esta?

—Por supuesto que no —dijo Joyce.

—Quizá sí —intervino Beatrice, haciéndose la importante—. Lo llaman PES, Percepción Extra Sensorial —añadió con el tono de alguien que maneja con soltura los términos modernos.

—Leí uno de sus libros —le comentó Ann a Mrs. Oliver—. *El pez moribundo*. Me pareció bastante bueno —manifestó amablemente.

—A mí no me gustó —afirmó Joyce—. No había bastante sangre. Me gustan los asesinatos con mucha sangre.

—Un poco excesivo, ¿no crees? —apuntó Mrs. Oliver.

—Sí, pero excitante —replicó Joyce.

—No necesariamente —opinó la escritora.

—Yo vi un asesinato —añadió Joyce.

—No seas tonta, Joyce —señaló miss Whittaker, la maestra.

—Lo vi —insistió Joyce.

—¿Es cierto que viste un asesinato? —preguntó Cathie, mirando a Joyce con los ojos abiertos como platos.

—Claro que no —replicó Mrs. Drake—. Por favor, Joyce, no digas tonterías.

—Vi un asesinato. Lo vi, lo vi, lo vi.

Un muchacho de diecisiete años, subido a una escalera, la miró interesado.

—¿Qué clase de asesinato? —preguntó.

—No me lo creo —afirmó Beatrice.

—Claro que no —intervino la madre de Cathie—. Se lo acaba de inventar.

—No es cierto. Lo vi.

—¿Por qué no se lo contaste a la policía? —quiso saber Cathie.

—Porque cuando lo vi no sabía que era un asesinato. Hasta mucho tiempo después no me di cuenta de que era un asesinato. Algo que dijo alguien hace uno o dos meses me hizo pensar que lo que vi fue un asesinato.

—¿Veis como se lo había inventado? —señaló Ann—. Es una tontería.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Beatrice.

—Hace años —contestó Joyce—. Yo era muy pequeña.

—¿Quién mató a quién? —inquirió Beatrice.

—No os lo diré a ninguna de vosotras —respondió Joyce—, porque no creéis nada de lo que digo.

Miss Lee entró con otro barreño. La conversación se transformó en una discusión sobre si los cubos metálicos o los de plástico eran más apropiados para el juego de las manzanas. La mayoría de los chicos pasaron a la biblioteca para inspeccionar el terreno. Los más jóvenes se mostraron dispuestos a demostrar la dificultad y sus habilidades en el juego. Muchos acabaron empapados, el agua se derramó sobre la alfombra y mandaron a por toallas para limpiar todo aquello. Al final se decidió que un barreño metálico era mejor que los dudosos encantos del recipiente de plástico, que se volcaba con facilidad.

Mrs. Oliver dejó sobre la mesa el cesto con las manzanas que había ido a buscar para reponer las que se habían usado en la exhibición y cogió una.

—Leí en el periódico que le gustaban muchísimo las manzanas —dijo una voz acusadora que la escritora atribuyó a una niña llamada Ann o Susan.

—Para mí son una tentación irresistible.

—Sería mucho más divertido si lo hiciéramos con melones —opinó uno de los chicos—. Son muy jugosos. Imagínese cómo pondríamos todo esto —añadió, observando la alfombra divertido.

Mrs. Oliver, con un leve sentimiento de culpa por la exhibición pública de su gula, salió de la sala para ir a buscar el baño, cuya ubicación en las casas suele ser bastante evidente. Subió las escaleras y, cuando llegó al primer rellano, se dio de bruces con una pareja de adolescentes que se abrazaban apasionadamente apoyados en la puerta, que, a juicio de Mrs. Oliver, comunicaba con el cuarto al que tanto le interesaba acceder. La pareja no le prestó ni la más mínima atención y siguieron con sus arrumacos. La escritora se preguntó cuántos años tendrían. El chico, quizá quince, y la chica, entre doce y trece, aunque por el desarrollo de sus pechos se acercaba más a los trece.

La casa era bastante grande. Estaba segura de que contaba con más de un rincón agradable y discreto. «Qué egoísta es la gente —pensó Mrs. Oliver—. No tienen la menor consideración con los demás.» Era una opinión que venía de muy lejos. Se la había oído decir a un ama de llaves, a una niñera, a una gobernanta, a su abuela, a dos tías abuelas, a su madre y a unas cuantas personas más.

—Perdón —dijo Mrs. Oliver con voz alta y clara.

La pareja se abrazó con más fuerza mientras se daban un beso interminable.

—Perdón —repitió Mrs. Oliver—. ¿Os importaría dejarme pasar? Necesito entrar.

Los adolescentes se apartaron a regañadientes. La miraron ofendidos. Mrs. Oliver entró, cerró dando un portazo y echó el cerrojo.

La puerta no ajustaba bien y oyó lo que decían en el pasillo.

—¿Has visto cómo es la gente? —manifestó una voz to-

davía no del todo masculina—. Podía haberse dado cuenta de que no queríamos que nos molestase nadie.

—Qué egoísta es la gente —afirmó una voz femenina—. Solo piensan en ellos.

—No tienen la menor consideración con los demás —confirmó la voz del chico.